

—Bien, muchacho. Por lo que veo, parece ser que ha hecho usted de su capa un ensayo.

Cogito

En Tours se levanta un monumento al filósofo Descartes. En su pedestal, a título de mención de descubrimiento, figura el famoso entimema puesto por el filósofo a la cabeza de su sistema, en latín y en grandes capitulares: COGITO ERGO SUM.

Parece ser que un viajero sintió justamente a la hora de partir, tocado al fin su corazón por la curiosidad, el deseo de saber quién fuera el personaje por la estatua representado. Se dirigió a un vecino de la pequeña ciudad francesa para averiguarlo.

—No sé. Siempre he oído decir que se trata de monsieur Cogito— contestó el turangino.

Champán

Siendo Eugenio d'Ors estudiante, pasó unas semanas en Algeciras alojado en una fonda. En ella se hospedaba en aquellos días el por aquel entonces célebre capitán Escosura. Tenía éste una gran barba y alguna edad ya, y, dado que acostumbraba a hablar a gritos en el comedor de todas sus intimidades, los demás comensales no tardaban en saber de sus habituales estrecheces económicas. Pero aquel buen día, sin embargo, he aquí a aquel hombre que llega al comedor y dice:

—Este mes todavía me sobran cuatro duros y voy a gastármelos obsequiando a unos novios, amigos míos, que pasan por aquí y vendrán a comer.

La bodega de la fonda no andaba bien provista y el capitán mandó traer una botella del mejor champán que había en el pueblo. Se puso a refrescar la botella. Llegaron los novios y la hora de comer. Terminada la comida, llegó el momento de brindar con el champán. Un camarerillo jacarandoso de corta edad se apercibió a descorchar ceremoniosamente el espumoso y precioso caldo. El capitán estaba algo inquieto, al percatarse de la poca destreza del muchacho:

—Niño, ¿tú has abierto alguna vez una botella de champán?

—Yo, zeñó —dijo muy seguro el mozalbete— yo no lo he hecho nunca; pero zabré, zeñó, vaya zi zabré.

Acercóse el cubo en que el champán se refrescaba. Se colocó la botella entre las rodillas. Forcejeó el muchacho, sin tomar medida a hervores... Y, de pronto, de un salto se fue, como un proyectil, el tapón a las vigas y se derramó con celeridad casi todo el preciado líquido en las baldosas. Palideció nuestro capitán. Y, no pudiendo contenerse por la irreparable pérdida, gritó con una voz que salía silbante entre los apretados dientes:

—¡Niño! ¡Las experiencias, con gaseosa!

Espejo

En los años de la posguerra se habían puesto de moda ciertos muebles, espejos y cornucopias que —se decía— eran de estilo isabelino. Por casualidad, paseando por el Rastro, Eugenio d'Ors se detuvo ante un cachivache dorado, de formas retorcidas. Lo estudió, preguntó por su precio, hizo un ademán de desinterés y dio un paso dispuesto a marcharse. El vendedor reaccionó. Rebajó el precio del espejo y trató de retenerle con estas palabras:

—Lléveselo usted, porque *es un rato isabelino*.

Franco

Durante la Guerra Civil, estando Eugenio d'Ors en Sevilla, visitó por esos días la ciudad andaluza el general Francisco Franco. Un periodista sevillano sugirió a Eugenio d'Ors, que, siendo él uno de los más importantes intelectuales del bando nacional, fuese a recibir a Franco. Eugenio d'Ors denegó la sugerencia, alegando que, habiendo visitado Napoleón la ciudad de Goethe, éste no le fue a recibir tampoco. Indignado el periodista, le reprochó al escritor:

—Pero usted no es Goethe.

—Tampoco Franco es Napoleón.

Micrófono

Con relativa frecuencia, la megafonía traicionaba a Eugenio d'Ors, dando no pocas oportunidades a la manifestación de su ingenio. En

cierta oportunidad memorable, el micrófono callaba lo que él decía en el estrado. Los oyentes más alejados protestaban, ante la impotencia del técnico en sonido, el cual, azorado, pululaba en torno al micrófono, tratando de subsanar el desperfecto. Al final, el técnico optó por una resolución drástica y pidió a Eugenio d'Ors que guardase silencio un minuto. Desconectó el equipo, hizo algunas manipulaciones y, ya seguro de haberlo arreglado, dio al interruptor y devolvió la palabra al conferenciante. De inmediato, el micrófono dejó escapar una sarta de gruñidos, pitidos y zumbidos. Entonces Eugenio d'Ors sentenció:

—Mal estaba cuando no ampliaba mi voz, pero ahora es peor, porque me replica.

Oscuridad

Eugenio d'Ors, todos lo sabemos, tenía fama de ser un escritor oscuro; de que sus escritos no había quien los entendiera. De esta creencia procede esta anécdota que se ha hecho famosa. Un día, d'Ors, al terminar de escribir una glosa, dio a leer el escrito a su secretaria Nuclella para ver si la entendía. Leído el escrito, la secretaria le comunicó a Don Eugenio que entendía todo perfectamente. Entonces d'Ors dijo:

—¿Está claro?; dice usted que está claro, ¿no? Pues, *oscurezcámoslo*.

Y se aplicó de nuevo a la tarea de hacer completamente ininteligibles las cuartillas.

Perlas

El pintor Van Dongen era un retratista de mujeres aristocráticas, a las que hacía posar en su taller-catedral de la calle Juliette-Lamber. Lleve la retratada en el cuello muchas, pocas o ninguna perla, el pintor las representa siempre con pomposa sarta de gruesas perlas. Una de las modelos protestó. Su amor a la verdad, su propio buen gusto, no le permitían ser cómplice de tan opulenta ostentación.

—Mademoiselle —le contestó Van Dongen, obstinado— les perles, c'est comme ma signature (las perlas son como mi firma).

Y con un pincel cargado de gris y otro de blanco añadió, todavía, como en castigo de una insinuación de protesta, cuatro gruesas perlas más.

Policeman

Pasaba Eugenio d'Ors unos días en Londres, cuando vio en una calle céntrica de la capital inglesa a un *policeman* que, erguido, corpulento y peripuesto, lucía orgulloso, vistiendo su roja casaca y sus blancos guantes, su poderío, su impassibilidad y su prestancia en el arreglo de la circulación. La cara del hombre representado era, empero, parecida, en peor, a la de un perro dogo... Una ancianita desde la otra acera, llevando a un pequeñín de la mano, señalando al imponente personaje, le dijo:

—¿Te gustaría, cuando seas mayor, ser un *policeman*, como el tío Guillermo?

Y el chiquillo, más que pensativo, receloso, contestó:

—¿Y no podría ser un *policeman*, sin ser como el tío Guillermo?...

Puro

Paseaba Eugenio d'Ors por las Ramblas barcelonesas, cuando se encuentra a un amigo suyo sevillano. El maestro, que sabía que el amigo sevillano había acudido a conocer por primera vez la capital catalana, le preguntó que qué le parecía Barcelona. El sevillano, con su gracejo andaluz, le argumenta lo siguiente:

—Barcelona, lo que ez Barselona, ez una maravilla. Laz Ramblaz, el Pazeo de Grasia, la Zagrada Familia, el Barrio Gótico, Monjuí. ¡Maravillozo! ...Pero ¡ozú!, loz catalánez... Loz catalánez, ¡jezo ya ez otra coza! ¡Cómo zon loz catatalánez! Ayer, iba yo, por aquí, por laz Ramblaz pazeando tranquilamente, cuando me topé con un zeñó que iba fumando con gran plaser un enorme puro habano. Puez, ¡no zábez cómo ze me puzo el buen hombre porque le cohé el sigarro y le dí una calada!

Receta

Un hombre encontró, entre los papeles de la casa de su fallecido padre, un viejo papel manuscrito amarillento de enrevesada escritura. No pudiendo llegar a leer lo que el dichoso papel contenía, lo hizo descifrar. Calígrafos, paleógrafos y hasta criptógrafos se desojaron inútil-